



HOMILÍA DE LA MISA PRESIDIDA EN EL XII° EMLA¹

Carlos José Nãñez²

(1° de octubre de 2019)

Queridos hermanos y hermanas:

Quiero, ante todo, saludar muy cordialmente a todos los presentes y dar una especial bienvenida a los hermanos y hermanas pertenecientes a las comunidades monásticas establecidas en otras iglesias locales.

A todos les deseo que el encuentro que están realizando sea verdaderamente fructífero. Agradezco, al mismo tiempo, la invitación para presidir esta Eucaristía, lo cual hago con muchísimo gusto.

Este encuentro representa para todos nosotros una oportunidad para reconfortarnos con la fe que tenemos en común, como expresaba el apóstol san Pablo al escribirle a los romanos y manifestarles su deseo de encontrarlos en breve (cfr. Rm 1,11b-12).

Para mí significa también la oportunidad de expresar, una vez más, mi reconocimiento y mi gratitud a la vida monástica y contemplativa, por su presencia y testimonio en nuestra Iglesia arquidiocesana.

1 El XII Encuentro Monástico Latinoamericano (EMLA) se realizó en San Antonio de Arredondo, Córdoba, del 30 de septiembre al 6 de octubre de 2019, sobre el tema *Eucaristía y vida monástica*.

2 Arzobispo de Córdoba.

En Córdoba existen cinco monasterios, entre ellos el de santa Catalina de Siena, el más antiguo del país, con cuatrocientos seis años de antigüedad. Sin lugar a dudas, estas presencias constituyen una gracia inmensa para nuestra comunidad eclesial.

Este encuentro es también una oportunidad para contemplar y disfrutar la obra del Señor en su Iglesia, en cada comunidad monástica y en cada monje y monja.

Al mismo tiempo, seguramente, representa una ocasión para discernir lo que el Señor, a través de su Espíritu, está diciendo a su Iglesia, a imagen de lo que expresa cada una de las cartas a las iglesias en el libro del Apocalipsis (cf. Ap 2-3).

Es, asimismo, un gran estímulo para cobrar ánimos para poner por obra esas mociones del Espíritu Santo, aprovechando las condiciones favorables que se presenten y superando las desfavorables.

El encuentro es, finalmente, una oportunidad para renovar la gracia de la propia vocación, tal como el apóstol Pablo recomendaba a su discípulo Timoteo: "... te recomiendo que reavives el don de Dios que has recibido..." (2 Tm 1,6); y para volver al amor del principio, como le pide el Señor a la Iglesia que está en Éfeso en el libro del Apocalipsis (cf. Ap 2,4).

En ese propósito de renovar la gracia de la vocación y el amor del principio puede inspirarnos y ayudarnos lo que rezamos en el salmo 26. El salmista expresa: "una cosa pido al Señor, eso buscaré: habitar en la casa del Señor por los días de mi vida" (v. 4). La súplica, el anhelo y el propósito de este hombre de Dios tiene una finalidad: contemplar la belleza del Señor, reflejada en su templo.

El templo, a su vez, es un lugar seguro por excelencia y por ello fuente de confianza: "Él me protegerá en su tienda el día del peligro, me esconderá en lo escondido de su morada, me alzaré sobre la roca" (v. 5). El templo es así el lugar adecuado para honrar al Señor, tal como invita el profeta Zacarías en la primera Lectura, que acabamos de escuchar.

Pero el habitar en la casa del Señor no es ante todo un propósito que nace de la iniciativa del salmista, sino que él ha escuchado antes en lo hondo de su corazón una invitación: "busquen mi rostro" (v. 8). Dios siempre "primerea", diría el Papa Francisco.

Así, la invitación se transforma en el corazón del salmista en una intención de responder a la misma: “tu rostro buscaré, Señor”; y de súplica humilde: “no me escondas tu rostro” (v. 8).

Para nosotros, los discípulos de Jesús, el rostro del Señor se nos muestra en el rostro de Jesús que hoy vemos reaccionar con mansedumbre ante sus discípulos un tanto destemplados (cf. Lc 9,55). En el rostro de Jesús se nos revela el corazón misericordioso del Padre de los cielos.

La invitación divina, los sentimientos, la súplica y los propósitos que habitan el corazón del salmista, deben resonar fuertemente en el corazón de todo discípulo del Señor, pero de un modo particular deben hallar un eco especial en el corazón de un monje y de una monja. Se trata entonces, hoy, de una oportunidad para renovar la propia vocación y para volver al amor del principio.

En esa perspectiva de renovación, es también oportuno recordar lo que el Santo Padre Francisco decía recientemente a las comunidades contemplativas en la isla de Madagascar en el ámbito de su último viaje apostólico al África. Las invitaba a ser antorchas que acompañan el caminar de sus hermanos, ofreciéndoles la luz que brota del encuentro con el Señor y a ser faros que orientan esa peregrinación.

Es una alusión, me parece, al silencio “elocuente” de los monasterios que sencilla y constantemente habla a todos los discípulos del Señor, especialmente a los que se acercan a ellos en búsqueda de luz y de aliento para orientar y sostener su diario caminar en la vida cristiana.

El Papa invitaba a las contemplativas a ser constantes intercesoras en favor de sus hermanos. Podríamos agregar a esa recomendación: ser intercesores suplicando con el arrojito de Abraham, pidiendo con insistencia por Sodoma y Gomorra. Intercediendo también con el ingenio de Moisés, que suplicaba por el pueblo que había salido de Egipto y había pecado en el desierto. Con ingenio, porque Dios le habla a Moisés diciéndole: “tu” pueblo, el que “hiciste salir de Egipto”, y de su propósito de castigarlo severamente y de hacer surgir de él otro pueblo.

Moisés, por su parte, le recuerda a Dios que en realidad el pueblo es de Él: es “tu” pueblo y “Tú” lo hiciste salir de la esclavitud, le dice. Moisés, finalmente,

con su humilde e ingeniosa insistencia obtiene la gracia del perdón para el pueblo (cf. Ex 32,7-14).

Intercediendo por fin con la confianza puesta en la poderosa mediación de Jesús, que se ofreció “con gritos y lágrimas” en favor de todos (cf. Hb 5,7). Con ese propósito subió decididamente a Jerusalén (cf. Lc 9,51) y después de ofrecerse por todos, “vive para siempre para interceder por nosotros” (cf. Hb 7,25), como consoladoramente dice el autor de la carta a los Hebreos.

Le pedimos a ese Señor bondadoso que les conceda, a sus comunidades y a cada uno de ustedes, ser verdaderas antorchas que alumbren el caminar de sus hermanos y ser faros que señalen el rumbo que los oriente para que puedan llegar finalmente a destino.

Que les conceda, asimismo, ser intercesores incansables en el espíritu que señala la Liturgia de las Horas: “éste es el que ama a sus hermanos”; “el que ora mucho por su pueblo” (cf. responsorio breve de Vísperas del común de pastores).

Que santa Teresita, contemplativa y doctora de la Iglesia, los anime en el diario y sencillo caminar de la vida en el monasterio y que María Santísima les alcance, y nos alcance a todos, el gozo de ir realizando cada día de manera más plena, nuestra vocación y misión en la Iglesia. ¡Que así sea!

Arzobispado de Córdoba
Hipólito Yrigoyen 98
5000 CORDOBA
arzobcba@powernet.net.ar